

UNA DUDA MORTAL

Mi novia imaginaria tiene un rostro por demás definido, incluso, su cabellera y peinado están unidos a esa identidad que yo compuse perfectamente, para coexistir como inseparables compañeros.

Aunque cada aventura inventada es de inexplicable placer, ninguna me llena igual como el viaje a Positano en un colorido barco, cuyo capitán luce bigote hirsuto y canoso.

Dicho encanto es tan satisfaciente que llegué al aislamiento profundo, hasta una tarde cuando decidí abstraerme y visitar el terreno donde juegan pelota los muchachos del lugar.

Extrañamente estos no me dieron importancia, y continuaron su recreo cual si nada, ignorándome tajantemente.

Cualquiera lo hubiese asumido como retaliación por haberlos rechazado al sumergirme en mi claustro amoroso, pero, este episodio, unido a otro que les contaré, ocurrido días atrás, despertó el mayor de mis temores, poniéndome a dudar seriamente.

Se trata del momento cuando, caminando hacia la embarcación en plena fantasía, Brina, mi hermosa compañera, comenzó a describirme total y exactamente, conversando con nuestro bigotudo

comandante, quien parecía maravillado, escuchando sobre el novio imaginario de su amiga.

Yo caí desparramado sobre la arena, sorprendido por demás ante tan inesperado giro, mirando cómo se perdían ellos, navegando en alta mar.

Desde ese instante comenzaron a preocuparme sobremanera los actos donde se me desdeña pues, estos pudieran estar sugiriendo que la fantasía es real, y que quien claramente no existe soy yo.

EXECRABLE

El cartero del pueblo enfermó repentinamente, provocando la llegada de su hijo, quien se había mantenido ausente, mordido por una decepción amorosa.

Pero, como buen muchacho, decidió suplir cualquier necesidad del viudo, incluyendo relevarlo temporalmente en el oficio que se instauró varias décadas atrás, sobre una antiquísima bicicleta familiar.

El primer día arribó al correo, valija en manos, y apenas organizaba las correspondencias recogidas, “algo inesperado lo impactó sobremanera”; justo en el fondo, había una oscura bolsa, conteniendo innumerables cartas añejas, remitidas con sus propias letras, y dirigidas a aquella joven, causante del profundo dolor.

Con sobrada impotencia, salió deambulando las calles, tratando de adivinar por qué su adorado padre había retenido tales testimonios amorosos, imprescindibles en una relación distante.

Evidentemente enloquecido, llegó a la dirección donde anteriormente debieron terminar las misivas, y tras verterlas en medio del patio, se marchó cabizbajo.

Cuando encaró al convaleciente, este le entretejió mentiras con las cuales el decepcionado vástago nunca imaginaria que, en aquel exacto momento, varios medio hermanos suyos a quienes no conocía, recogían cartas amarillentas, y hacían avioncitos de papel.

PÁLPITO

[...] y noche tras noche era igual: Congregados en el oscuro rancho, los pequeños huerfanitos escuchaban cada relato tenebroso que les narraba su abuelo, quien, luego de un incidente escabroso, había asumido la tutoría.

Pero nunca hubo historia tan escalofriante, como esta última, que cambió por siempre al bisoño auditorio.

Se trataba del parto, cuya criatura alumbrada había traído dos raras alas, y que, tras zarandearse bruscamente sobre la comadrona, voló bosque adentro, habiendo atacado mortalmente a los presentes en aquel cuartucho.

Finalizada tal narración, se tornó lúgubre el ambiente y, desde esa misma noche, sin siquiera ponerse de acuerdo, los más grandecitos marcaron distancia con su hermanito menor, a quien nunca les cicatrizaban unas inexplicables fisuras en la espalda.

DE SEIS ESTRELLAS

—Aunque vencimos, los habitantes de Ivalo no fueron tocados— así muy tosco abordó el general ruso a su esposa, quien de momento se encontraba postrada en cama.

—Cuando recibí el reporte sobre tu padecimiento, ordené bordear ese territorio; nuestros hijos te necesitan mucho— terminó meditando Gavrel, poniendo su quepis en la mesa repleta de medicamentos.

La convaleciente quedó sacudida, conjeturando que este se había enterado del romance sostenido con un ivaleño, quien por muchos años estuvo a cargo del establo familiar.

Entonces, ahora convencida por demás de cuánto la amaba su cónyuge, decidió levantarse y recomponer el matrimonio, pero, fue infructuoso pues, internamente, aquel alto oficial ya había ganado “una voraz guerra”.

GRÁCIL

¿A cuáles ojos alimenta tu abrasante candor, muchacha irredenta, felizmente casada?

Aunque te decidiste por alguien, sigues humedeciendo esos sugerentes labios frente al espejo, y sales cual caballo sin establo, cabalgando sobre tus caderas, y alborotando las calles atiborradas de jinetes solitarios.

¿Acaso en el matrimonio no incluiste tus afueras, o tal vez aquella boca que dijo un sí, también se place repitiendo mil veces no?

Te advierto que, nadie en el bar rechaza la copa añejada con tus rumores:

Mientras para los hombres sigues siendo doncella cuyo fierro no trascendió a su piel, las señoras te tildan de altiva, por no haberte resignado a ser pez descamado en barca, ni rosa triste asignada a un jarrón.

[...] pero, lo que más le duele al poblado, es reconocer tu hurgada probidad: Saberte portadora sana de una belleza implacable, cuya picardía jamás asocias al corazón.

PREMONICIÓN

Los campesinos del paraje se agruparon en torno al debilitado peregrino, quien se había desplomado junto a una gigantesca piedra que cargaba consigo.

Este, inesperadamente rechazó todo socorro, indicándoles con sobrada firmeza cuán importante era continuar con dicho pedrusco, sobre cual, a juicio suyo, se edificaría un imponente y deslumbrante santuario, en el cercano poblado.

Sus palabras empeoraron cualquier diagnóstico colectivo, y rápidamente les atribuyeron desequilibrio, pues, a la sazón, los años treinta, no se conocía sobre ningún proyecto similar; pero el forastero prevaleció varios días aferrado al fragmento rocoso, justificando así un forzoso traslado hacia su lugar original.

Debieron transcurrir más de diez años, para que la feligresía circundante fuera convocada a una faena aleccionadora, cuyo incomprendido epicentro adquiriría matices fantásticos.

Miles obedecieron cargando piedras para erigir un nuevo templo, incluso los comunitarios donde había aparecido el primario penitente, quienes al parecer olvidaron la procedencia del compactado mineral, orillado todavía en la polvorienta carretera.

Cuando al fin fue inaugurado el oratorio, y mientras regresaban del acto solemne, un curioso niño descubrió algo tan asombroso, que toda la comunidad se interesó en constatar: “aquel peñón emitía sonidos extraños, cual caracol de mar”.

Los adultos arrimaron sus oídos al pesado trozo, y aseguraron que, era el eco del recién estrenado templo, pues, muy en el fondo, escuchaban a un sacerdote de apellido Flores, quien predicaba con altísima devoción.

COMPLEMENTO

Me paré frente al espejo y, en una profundísima reflexión comencé a despojarme de amores, traiciones y sufrimientos.

Entonces, en medio del repentino cavar, volvió a aparecer el pelo perdido de mi frente; las canas ennegrecieron uniformemente, y los surcos faciales se llenaron, hasta volverme lozano como en décadas pasadas.

Y salí corriendo hacia la calle para gritar tal felicidad, mas, ahí descubrí tristemente lo hostil del despojo; este me había dejado tan vacío, que yo comencé a flotar sobre la nada.

Fue cuando abrumado perseguí en el aire todo aquello que minutos antes había arrancado de mi, logrando descender gracias al contrapeso de tales sufrimientos y aventuras.

Ya en casa, respirando muy agitado, volví al espejo donde sonreí a carcajadas, al verme nueva vez hermosamente viejo, y pleno.

SIMULADOR

El sujeto andrajoso cruzó jadeando aquel vistoso portón; mas, al margen de su cansado paso, se notó firme subiendo los escalones, para alcanzar el timbre con sus dedos rudos.

Cuando la puerta se abrió, reconoció sin vacilación al anfitrión, a quien contempló agradablemente mientras le sonreía, cual si tal encuentro envolviera complicidades inexorables.

—Soy Edoardo —le habló, como abstrayéndolo, al sentir un tanto de indiferencia—, solo vengo a expresarle gratitudes, porque, haberme tomado en cuenta fue un gran detalle suyo —quiso aclarar.

—¡No intentes jamás volver a esta casa! —respondió con ira marcada el interlocutor, para luego estrellar salvajemente la puerta, atrofiando sin querer una pluma de oca entintada que sostenía en su mano.

Cuando regresó al escritorio donde había estado antes de presentarse el inesperado visitante, su mujer apareció sumamente intrigada.

—¿Quién le ha hecho molestar de esta manera, mi señor? —preguntó, dudosa, y prosiguió—: He mirado por la ventana y no hay rastro de nadie en el largo camino hacia la calle —aseguró.

El hombre exhaló, reviviendo un cigarro que casi agonizaba, y, tras sacar otra pluma del antiquísimo gavetero, se dejó escuchar:

—No te preocupes, Eugenia: eso no tiene ningún valor
—hablaba casi sonriendo, al tiempo que se atrevió a manifestar:
—Es solo un personaje... eso y nada más.

La compañera se alejó, dubitativa, mientras el intelectual retomó su escritura vacía, sin alma, ni valor humano.

RENEGADA

—Me miras con vergüenza, y hasta con cierta compasión, dado lo que llamas “mis fracasos amorosos”. ¡Lo veo claro!

Ignacia acusaba frontalmente a la hermana menor, quien, contraria al “mal ejemplo familiar”, sostenía un largo y ejemplar matrimonio.

—¡Pero no agacharé mi mirada, aun los tres renacuajos que devolví a su inmundo charco! —sostenía airada, refiriéndose a sus mal recordadas exparejas, mientras atizaba el fogón para hacer café.

—Y aquellos no eran diferentes a tu “príncipe encantador” —aludía con sorna al cuñado, sintiendo que muchas veces se le quería deslumbrar con este. Diría cualquiera que eran solo complejos suyos, pero

Anselma hablaba incansablemente, atribuyéndole maravillas a su desposador.

Buscando hacer más corta la espera del oscuro zumo, Ignacia encendió un cigarro, mas, antes que la coladora, un ardiente desahogo subió por su garganta, teñido por el humo del robusto cigarro:

—¡Yo sí me quisiera parecer a ti! ¿Sabes para qué? —hablaba, fumaba y avivaba el fuego— Para conformarme con eso que nos arroja el amor... “amor de mierda”.

Escupió y volvió a regurgitar:

—Ese, tal amor, te da quizás una pieza del rompecabezas, y vives condenada toda la vida a sonreír, como si te hubieran armado entera- terminó desafiante.

Anselma, con respeto evidente, se mantuvo abstraída mientras esperaba meditabunda el café, y sintiéndose, por primera vez, totalmente orgullosa de su irreverente hermana.

AMARGA VERDAD

El viejo Tiburcio era una verdadera obra maestra del cruel sistema.

Si bien continuaba productivo cargando setenta y tantos años de catarsis, su movilidad únicamente le

alcanzaba para la limitada coreografía con que sobrevivía.

Es que el ingenio azucarero lo consumía perfectamente a su desfavor, manteniendo en pie solo columnas estructurales del famélico hombre, tras atizar las calderas con cosas humanamente indispensables.

Por eso, el anciano no reía, y cuando comía, su mirada se perdía entre las tablas del rancho, como si experimentara una especie de canibalismo solapado, entendiendo que tal alimento resultaba un malintencionado trueque.

Pero le era indispensable el maldito oficio, y cada madrugada se arrastraba cual gladiador cadavérico hacia la faena, donde convertía caña dulce en azúcar, y vida en depreciable pan de muerte.

EL BADAJO Y EL GALLO

Cantín era un gallo vanidoso cuyas historias referían episodios donde, juraba, convencido de que, fruto de su vistoso plumaje, muchas veces había sido confundido con pavos reales.

Pero no se limitaba únicamente a exponer estas vanidades, pues cada tarde, antes de dormir, engullía maíz germinado con oliva, alimento que, según él, le permitía potenciar su canto madrugador.

Una mañana, mientras el emplumado gorgorreaba previo al “kikiricoso” aviso, escuchó sonar la campana del viejo templo, que por décadas estuvo atrofiada.

Se apresuró para evitar ser desplazado por el agudo timbre, pero ya era tarde: su legendaria voz había quedado ahogada en el rumor del menesteroso afán matinal.

Al subir el sol, los pobladores solo ponderaron las reminiscencias cernidas desde tan acústico campanario, admirando un badajo de plata traído desde Pietrelcina, Italia, para reponer la pieza robada décadas atrás.

A partir de tal episodio, Cantín sintió devastado su orgullo y su utilidad. Mas lo peor le sobrevino cuando, una mañana, fruto de la feroz impotencia, adelantó su canto; dicha acción provocó el rechazo colectivo del somnoliento poblado, cuyos habitantes sugirieron también que el otrora “rey del corral” se había vuelto loco.

Y no era vacua la presunción: aquel vistoso ejemplar, quien en tiempos pasados seleccionaba con delicadeza su maíz, de pronto se lo vio hurgando hasta en estiércol vacuno, sin tener ninguna necesidad.

Por esta y otras conductas extrañas, nadie se sorprendió cuando, una mañana, lo encontraron sin vida, colgando de sus patas en el palo asignado por años.

El poblado se reunió en la iglesia para despedir tan legendaria ave, a quien decidieron honrar con un

“Doble de Difuntos”, como muestra de reconocimiento póstumo, dado su afán por siempre contribuir al puntual devenir del amanecer.

Mas cuando intentaron hacer sonar la campana, fueron infructuosos incluso los más incansables y numerosos intentos.

Temerosos de otro robo, muchos se apresuraron a escalar hacia el campanario, donde palidieron al llegar, mirando con incredulidad lo suscitado allí: el badajo había echado plumas rojizas cual ave.

No faltó algún escéptico que atribuyera el acontecimiento a travesuras de lugareños; pero, al comprobar que los rémiges salían del mismo interior del bronce, todos corroboraron la consumación de aquel deslumbrante milagro.

La concurrencia fue perfecta caldo de cultivo, naciendo una devoción involuntaria tan exagerada por el ave muerta, que, enloquecidos, cavaron en el presbiterio y depositaron allí al pájaro caído con todo honor eclesiástico.

Ese día cambió para siempre al poblado, donde hoy, raramente, todos atestiguan que, en las madrugadas, cuando el badajo golpea su círculo acústico, en vez del sonido metálico y atemperado, el canto potente de un gallo los despierta, recordándoles cuán valiosa es la simple rutina que, torpemente, habían despreciado.

MASCARADA

Había un lugar extrañísimo, con un silencio pastoso que sugería vacíos profundos.

Sus habitantes eran exactamente sombras humanoides sobre el suelo, quienes pavorosamente huían del día, eligiendo la oscuridad como el mejor escenario para existir.

Cada amanecer, un sol joven, que poco tiempo atrás había engullido al tradicional astro, salía y bañaba a los grises habitantes, proyectando en tal acto cuerpos que, en la realidad pasada, fueron objetos fuente.

Pero tal transmutación cernía caos y desasosiego, pues esos “positivos”, proyectados en el “pseudo reflejo” cual tangibles hologramas, se comportaban irasciblemente, discutiendo y ofendiéndose de forma soez.

Cuando esto sucedía, las noches se convertían en un momento desagradable, debido a la conmiseración inmerecida heredada por las mansas y reales sombras, que, enemistadas, buscaban purgar pecados y ofensas cometidas por los aparecidos cuerpos sólidos.

Por eso, dicho mundo decidió cerrarle sus puertas para siempre a aquella normalidad. Y aunque cada habitante sufría al ver cómo se perdían los frutos bajo el sol, cuando las siluetas de árboles paridos eran iluminadas, la conciencia del egoísmo, la falta de civismo y el egocentrismo de la primitiva creación los

hizo preferir aquella capa “omniversal” incolora y plomiza, pero totalmente pacífica.

AUGURIO

La lluvia crepuscular se retiró en silencio, y los muchachos salieron del gazebo como aves alborotadas, buscando aprovechar el moribundo día, que veía su sol apagarse.

Corrieron todos, menos uno.

El menor del grupo, apenas intentarlo, se detuvo absorto frente a un charco donde la luna, cual ojo curioso, se exponía en su mismo alumbramiento.

Sin pensarlo, levantó el pie derecho y lo posó con firmeza sobre el agua, viendo cómo el astro se deshacía en círculos temblorosos.

Entonces, una mano firme lo retiró de golpe: su padre, duramente, le recordó la orden ya establecida de no mojar los zapatos, sin darle crédito a la infantil excusa balbuceaba por el muchacho cuando era sorprendido en la misma acción.

Pero treinta y cinco años más tarde, nadie podría interponerse entre aquel chiquillo, y sus visiones más hondas.

Mientras la familia entera se reunía en la antigua hacienda, atentos al televisor que les devolvía

imágenes desde otro mundo, el otrora travieso daba un paso que su niñez ya había ensayado, tras aquella lluvia pasajera.

Quizás guiado por algo más que memoria, el padre caminó desde la sala al rincón del jardín donde, décadas atrás, se formaba un charco.

Miró la luna. Y, sin prisa, apoyó su pie derecho sobre el exacto lugar.

Una mano le tocó el hombro, esta vez con ternura, con orgullo, y sagrada complicidad.

—Tal como lo acaba de decir nuestro hijo... —susurró su esposa.

—[...] un gran salto para la humanidad —completó ella, conmovida, mirando al hombre llorar, orgulloso del niño que había pisado la luna mucho antes que nadie más.

GRANERO

La guagua de los locos se descompuso justamente cruzando el parque.

Iban rumbo al hospital Padre Billini (veintiocho) en aquella calurosa tarde que, debido a tan esporádicos viajes, transportaban la mayor cantidad de enfermos mentales.

Llamaron urgentemente a un mecánico, quien, tras su llegada ordenó evacuar el vehículo, apostándose aquellos ocupantes bajo los árboles, en la espaciosa plaza pública.

Repentinamente, decenas de personas comenzaron a congregarse en el mismo lugar, formando una espesa multitud que arengaba consignas favorables al partido político convocante.

Como ya estaban mezclados “mansos y cimarrones”, el engrasado técnico se ofreció para ayudar en la recogida de los pasajeros diseminados, justo al terminar su faena.

Fue ese el momento cuando, un enajenado que había permanecido junto a ellos, los sorprendió expresándoles algo sobremanera inesperado.

– ¡Aguanten ahí señores! – los detuvo mirándolos francamente – ¡Ahora deben cambiar de idea! ¡Lo que procede es cercar el parque por completo! – sonrió sarcásticamente y continuó – ¿Acaso ustedes no están viendo cuánta gente ha perdido el juicio?

José Gabriel Morales
Colonísmo Mágico

...